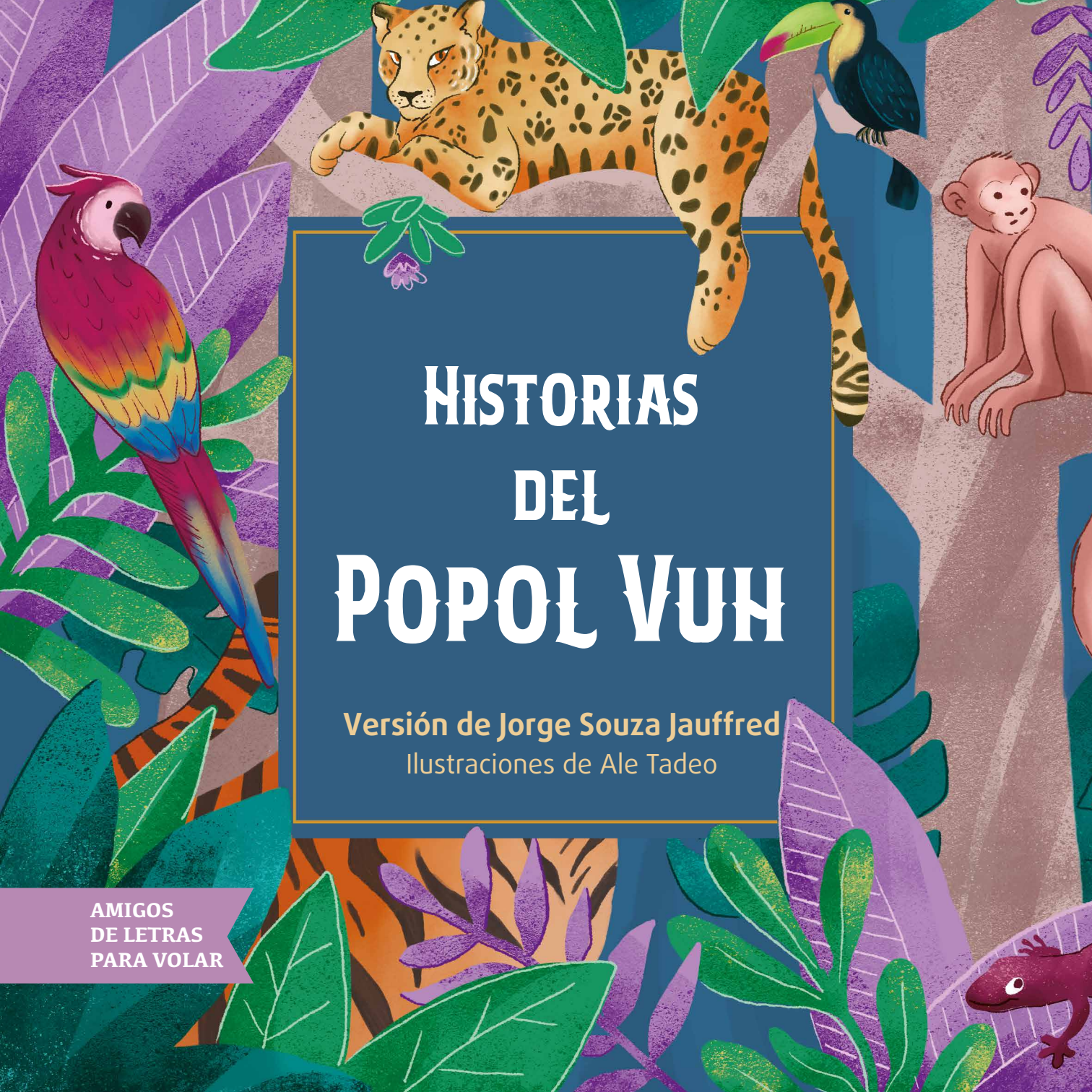
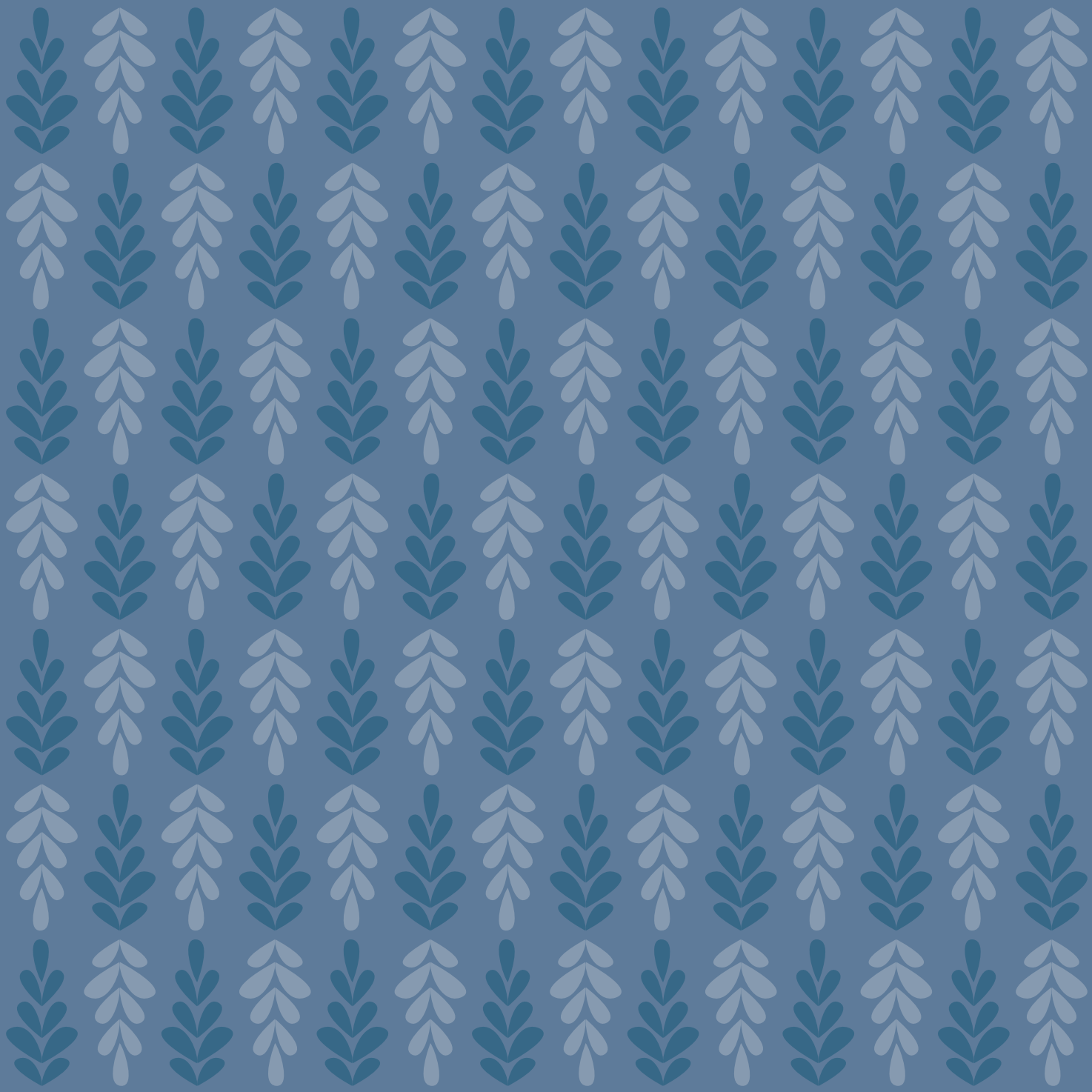


A vibrant, stylized illustration of a jungle scene. At the top center, a jaguar with orange fur and black spots is lying down, looking towards the left. To its right, a toucan with a large, colorful beak is perched on a branch. Further right, a pink monkey is sitting on a rock. On the left side, a colorful parrot with red, yellow, and blue feathers is perched on a branch. The background is filled with various green and purple leaves and plants. The title 'HISTORIAS DEL POPOL VUH' is written in large, white, serif capital letters in the center. Below the title, the author's name 'Versión de Jorge Souza Jauffred' and the illustrator's name 'Ilustraciones de Ale Tadeo' are written in smaller, white, sans-serif capital letters. At the bottom left, there is a purple banner with the text 'AMIGOS DE LETRAS PARA VOLAR' in white, sans-serif capital letters.

HISTORIAS DEL POPOL VUH

Versión de Jorge Souza Jauffred
Ilustraciones de Ale Tadeo

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR



**AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR**

HISTORIAS DEL POPOL VUH

Versión de Jorge Souza Jauffred

Ilustraciones de Ale Tadeo



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Francisco Javier González Madariaga
**Rectoría del Centro Universitario
de Arte, Arquitectura y Diseño**

Arturo Verduzco Godoy
Jefatura del Departamento de Teorías e Historia

Patricia Rosas Chávez
Dirección del Instituto Transdisciplinar en Literacidad

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



Primera edición electrónica, 2022

Textos

© Jorge Souza Jauffred

Ilustraciones

© Alejandra Tadeo Gómez, *Ale Tadeo*

D.R. © 2022, Universidad de Guadalajara



José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978-607-571-692-3

DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075716923>



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Noviembre de 2022

Hecho en México / *Made in Mexico*

Autorizado para su distribución gratuita. Prohibida su venta.

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara; por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos, o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Índice

Presentación	6
Prólogo	7
Historias del <i>Popol Vuh</i>	9
Las primeras palabras	9
La creación del universo	11
La creación de los seres vivos	15
La creación de los hombres de lodo	17
La creación de los hombres de madera	20
La creación del hombre y la mujer de maíz	23
La historia de los seres soberbios	29
El padre de los gemelos	34
La historia de la doncella y el árbol prohibido	38
El nacimiento y destino de los gemelos	42
Los hermanos mayores y su castigo	45
El destino alcanza a los gemelos	49
El reto del Inframundo	53
La muerte consciente de los gemelos	62
La resurrección de los gemelos	64
La derrota del Inframundo	66

Presentación

Letras para Volar es el Programa Universitario de Fomento a la Lectura que inició en 2010 con el fin de motivar el gusto por la lectura, mejorar su comprensión y facilitar el acceso a los libros. Este programa trabaja con niños y adolescentes de primarias y secundarias públicas localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas hogar, hospitales y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad mediante estrategias que promuevan el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

La colección Amigos de Letras para Volar es el resultado de la generosidad de diversos autores e ilustradores. Les agradecemos a ellos por esta sensible contribución, con el deseo de que sus palabras y sus trazos vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y la juventud mexicanas.

Historias del Popol Vuh es un libro conmemorativo que forma parte del gran conjunto de actividades que la Universidad de Guadalajara ha llevado a cabo en 2022 con motivo del nombramiento que la Unesco le otorgó a Guadalajara como Capital Mundial del Libro, y que preparamos en alianza con el Seminario de Cultura Mexicana corresponsalía Guadalajara. Jorge Souza ha otorgado la licencia de uso de su hermosa adaptación, bellamente ilustrada por Ale Tadeo; sirvan estas líneas para reconocer su generosidad.

¡Que ninguna niña y ningún niño se queden sin leer!

Patricia Rosas Chávez
Directora de Letras para Volar

Prólogo

El *Popol Vuh* es el libro sagrado de los mayas, se trata de una maravillosa compilación de textos en la que se relata cómo los dioses crearon el mundo, cómo dieron forma al hombre y a la mujer, cómo los preservaron de los seres malignos del inframundo y cómo hicieron surgir al Sol y la Luna, entre otras interesantes narraciones. Es estudiado por historiadores, antropólogos, lingüistas, sociólogos y otros especialistas debido a todos los datos que incluye sobre la cultura maya.

Los relatos del *Popol Vuh* pasaron de padres a hijos durante cientos de años; luego, cuando los mayas desarrollaron la escritura, los escribieron con glifos y logogramas, una especie de figuras que ellos sabían leer, sobre papel amate, cerámica, frisos y murales. La cultura maya floreció durante unos tres mil años, hasta la llegada de los españoles, y desarrolló una civilización muy avanzada. Tenía numeración, calendarios, herbolaria y construyó impresionantes centros ceremoniales en sitios como Palenque, Tikal, Copán, Uxmal, Chichen Itzá o Mayapán, por citar unos cuantos.

Los mayas habitaron un extenso territorio del sur de México y parte de Guatemala, Belice y Honduras. El pueblo quiché, autor del *Popol Vuh*, fue uno de los principales grupos mayas; se asentó en Guatemala y se convirtió en uno de los más poderosos y avanzados de la región. La lengua quiché, incluso hoy, es hablada por más de dos millones de personas.

Esta versión del *Popol Vuh*, destinada a los lectores más jóvenes, narra las historias principales del libro, con el propósito de que se conozcan los mitos y la grandeza de nuestras culturas originarias, y que sirva como un primer paso para indagar y profundizar en nuestras raíces ancestrales.

Agradecemos a la doctora Patricia Rosas Chávez, directora del Instituto Transdisciplinar de Literacidad de la Universidad de Guadalajara, por apoyar este esfuerzo que permite al público más joven conocer una veta profunda de esta rica cultura mesoamericana. Igualmente, agradecemos al rector del Centro de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara, al doctor Francisco Javier González Madariaga, por su apoyo invaluable, y a la maestra Sayri Karp, directora de la Editorial de la Universidad de Guadalajara, por la materialización de este esfuerzo.

Historias del *Popol Vuh*

Las primeras palabras

El libro comienza con palabras que describen su contenido y lo explican así:

Este es el principio de la historia del pueblo quiché.

En este libro escribimos lo que dice nuestra palabra antigua.

Lo que los dioses revelaron acerca del origen del pueblo quiché.

En este libro narraremos lo que estaba oculto.

Este es, pues, el relato de cómo crearon el Cielo y la Tierra

Tzakol y Bitol, Madre y Padre de la existencia,

dadores de la respiración, dadores del corazón,

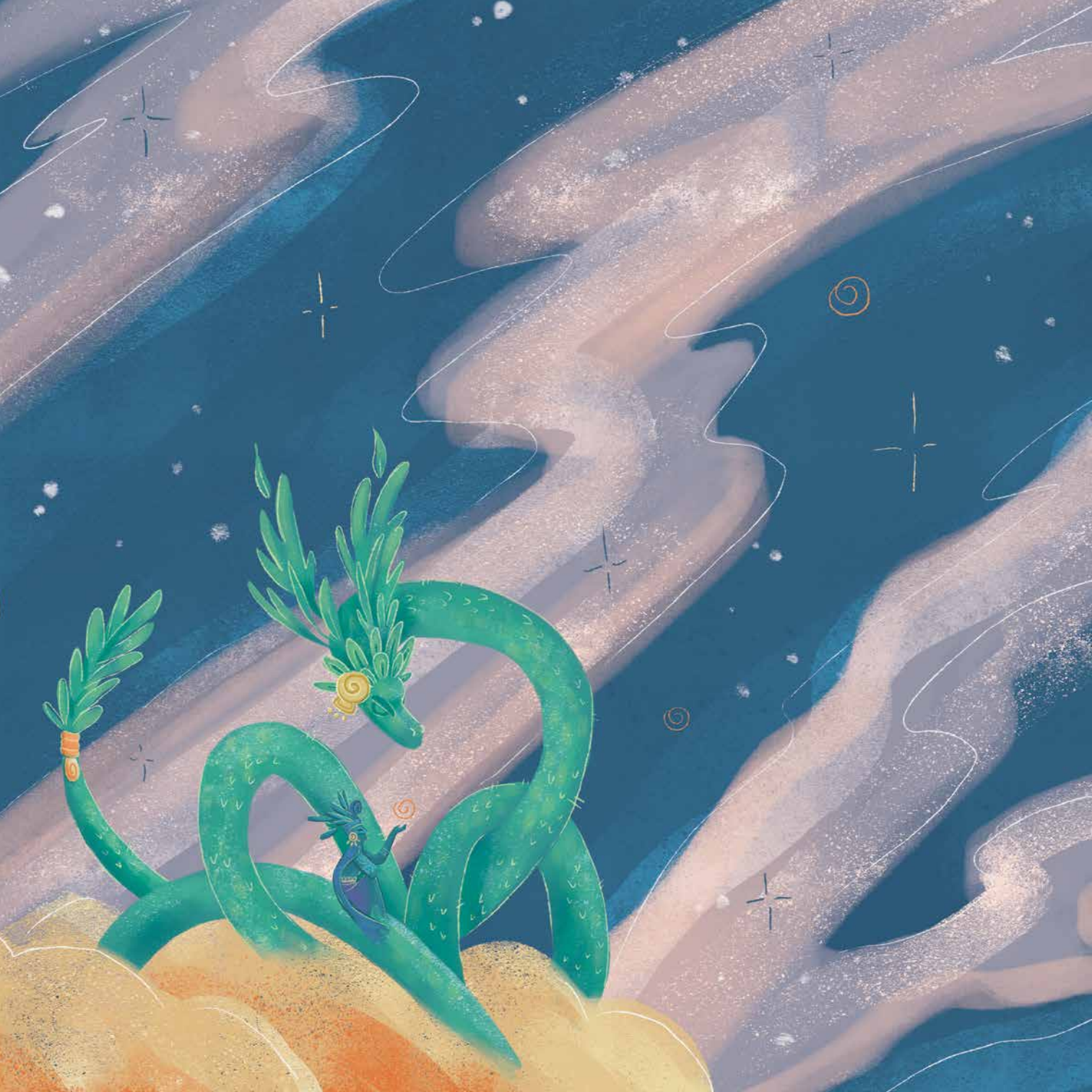
dadores del palpito de la luz, dadores del palpito de la eternidad,

Madre y Padre de las hijas nacidas en claridad,

de los hijos nacidos en la claridad.

Él, el meditador, el pensador que conoce todo lo que existe

y esta es su narración, la primera relación, el primer relato.



La creación del universo

Todo estaba en suspenso, todo estaba en calma, en silencio;
todo estaba inmóvil, en reposo, y estaba vacía la bóveda del Cielo.

No había todavía un hombre, ni un animal, ni pájaros, ni peces,
ni cangrejos, ni árboles, ni piedras, ni cuevas, ni barrancas,
ni hierbas, ni bosques: solo el Cielo existía.

No se manifestaba la faz de la Tierra.

Solo estaban el mar reposado y el Cielo en toda su anchura.

Solo el agua en calma, el mar apacible, único y tranquilo.

No había nada todavía.

Solamente reposo y silencio en la oscuridad de la noche.

Solo el Creador, el Formador,

y los dioses Progenitores que estaban en el agua dimanando luz
cubiertos bajo su plumaje verde y azul.

Solo existía el Cielo, y también Gucumatz,

la Serpiente Emplumada, el Corazón del Cielo,

este es el nombre de Dios. Así contaban los ancianos.

Y he aquí que vino entonces *la palabra*,
vino Tepeu Gucumatz con otros dioses,
juntó palabras y pensamientos
y dispuso la creación,
y el crecimiento de los árboles y de los bejucos,
y el nacimiento de la vida y la creación del hombre.

Los dioses dijeron:

—¡Hágase la realidad! ¡Que se llene el vacío!
¡Que esta agua se retire, que se vacíe el espacio!
¡Que aparezca la faz de la Tierra y que se afirme!

Así dijeron:

—¡Que aclare, que amanezca en el Cielo y en la Tierra!
Porque no habrá gloria en nuestra creación
hasta que exista la criatura humana —así dijeron.

Luego la Tierra fue creada.

—¡Tierra! —dijeron, y al instante fue hecha la Tierra.
Del agua surgieron los cerros y se convirtieron en montañas,
la creación surgió de la niebla, como una nube, como una polvareda.
Y Gucumatz se llenó de alegría.
Así se perfeccionó la obra, al crearla
después de pensar y meditar sobre su feliz terminación.





La creación de los seres vivos

Una vez que los dioses, mediante su palabra, dieron forma a la Tierra y al Cielo, e hicieron brotar las hierbas para cubrir la superficie con ellas y con los bejucos y los árboles, vieron que aún faltaba algo y decidieron crear a los animales, otorgando a cada uno sus cualidades y características.

A los animales pequeños del monte los designaron los guardianes de los bosques; a otros, los genios de la montaña. Nombraron también a los venados, a los pájaros, a los felinos y jaguares, y a las serpientes, culebras y víboras como guardianes de los bejucos.



Una vez terminada la creación, el Creador, el Formador y los Progenitores les dijeron a los animales:

—Hablen, griten, llamen, hablen cada uno según su especie; digan sus nombres, alábennos a nosotros, que somos su Madre, su Padre. ¡Invóquennos a nosotros, sus creadores, sus progenitores; invóquennos, adórennos! —les dijeron.

Pero los animales no hablaban, solo chillaban, cacareaban y bramaban; no tenían un lenguaje, y cada uno gritaba de manera diferente. Cuando el Creador y el Formador vieron que no los invocaban, se dijeron:

—No dicen nuestros nombres, los de nosotros, sus creadores y formadores. Esto no está bien. Como no pueden hablar, ni adorarnos, ni invocarnos, su alimento, sus porciones, serán limitados; sus moradas serán barrancos y bosques y sus carnes serán comidas. Su destino es ser comidos. Acéptenlo. —les dijeron.

La creación de los hombres de lodo

Los dioses estaban desconcertados y molestos. Habían creado la Tierra y el Cielo, pero aquellas bellezas, por sí solas, no eran suficientes para otorgarles la satisfacción que buscaban. Y los animales habían sido incapaces de invocarlos y adorarlos, así que decidieron crear otros seres que fueran capaces de reconocerlos y llamarlos, y que los obedeciera e invocaran; decidieron crear al hombre. Para lograrlo, el Creador, el Formador y los Progenitores se reunieron nuevamente y dijeron entre ellos:

—¡Intentemos otra vez crear a unos seres que nos reconozcan!
pues ya se acerca el amanecer.
Seres que nos sustenten y alimenten,
que nos recuerden y que nos invoquen.
Ya lo intentamos con nuestras primeras criaturas,
pero no pudimos lograr que nos alabaran y nos veneraran.
Probemos crear otros seres más obedientes y respetuosos.

Entonces crearon a los primeros hombres.
De lodo hicieron su carne y así quedaron.
Pero, otra vez, no resultó como los dioses querían.



Los hombres de lodo se deshacían, eran muy blandos,
no tenían casi movimiento ni fuerza;
se caían, estaban aguados, no movían la cabeza,
la cara se les iba para un lado,
tenían velada la vista, no podían ver hacia atrás.
Al principio hablaban, pero sin entendimiento.
Pero lo peor era que se humedecían dentro del agua
y no se podían sostener.

El Creador y el Formador, decepcionados
y molestos, deshicieron su creación.

La creación de los hombres de madera

Entonces decidieron consultar a la abuela y al abuelo antiguos sobre crear a los nuevos hombres con madera.

Tras recibir una respuesta positiva, los dioses dijeron:

—¡Así sea!

—¡Así sea! —contestaron los abuelos.

Y al instante fueron creados por los Progenitores los hombres labrados en madera.

Se parecían al hombre en que hablaban y conversaban y poblaban la superficie de la Tierra.

Pero no tenían espíritu ni pensamiento,
no tenían sangre, ni substancia, ni humedad, ni gordura;
sus mejillas estaban secas, parecían máscaras;
eran secos sus pies y sus manos, y amarillas sus carnes.
no se acordaban de su Creador, de su Formador;
y por eso cayeron en desgracia.

Ellos fueron los primeros hombres que poblaron la Tierra.

Pero, por sus fallas y su olvido de los Creadores fueron aniquilados y deshechos; recibieron la muerte.

Una inundación fue producida por el Corazón del Cielo;
un gran diluvio se formó y cayó sobre los muñecos de palo.

Se oscureció la faz de la Tierra

y comenzó una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche.



Y los hombres de madera sucumbían;
llegaron entonces numerosos animales pequeños y grandes,
y con palos y piedras les golpearon las caras.
Vinieron sus tinajas, sus comales, sus platos, sus ollas,
sus perros, sus piedras de moler, todos se levantaron y les golpearon las caras.
—Mucho mal nos hacían ustedes; nos comían, pues nosotros ahora los mordemos.
¿Por qué no nos daban de comer?
Siempre nos echaban fuera.
Siempre tenían listo un palo para pegarnos.
Ahora nosotros los destruiremos; probarán nuestros dientes,
los vamos a devorar —dijeron los perros, y luego les destrozaron las caras.

Las piedras del hogar se arrojaron desde el fuego
contra sus cabezas causándoles dolor.
Desesperados, los seres de madera corrían de un lado para otro;
querían subirse sobre las casas pero las casas se desmoronaban y ellos caían;
querían subirse sobre los árboles y los árboles los lanzaban a lo lejos;
querían entrar a las cuevas y las cuevas se cerraban para ellos.
Así fue la ruina de estos hombres,
hombres hechos para ser destruidos y aniquilados:
a todos les fueron destrozadas las bocas y las caras.

Se dice que los descendientes de los pocos que sobrevivieron
al diluvio y al ataque de animales y objetos
treparon a los árboles y se convirtieron monos;
por eso los monos se parecen al hombre.

La creación del hombre y la mujer de maíz

Los dioses creadores seguían inconformes. Tenían la Tierra y el Cielo con todas las bellezas, los animales de todas las especies poblando el mundo, llenándolo de sonidos y de movimiento; pero no habían logrado crear a un ser que los reconociera y los recordara. La creación del hombre de lodo y la creación del hombre de madera habían fracasado. Sin embargo, quisieron intentar de nuevo crear a los seres humanos. Lo primero que se buscó fue la materia para hacer la carne del hombre, para que no resultara un nuevo tropiezo.

Con esa idea, los dioses creadores celebraron un nuevo consejo; meditaron, discutieron y, finalmente, decidieron cuál sería la materia de la nueva humanidad. Esa materia sería el maíz, maravillosa sustancia, alimenticia, hermosa y modelable. Las mazorcas blancas y amarillas les fascinaron. Cuatro animales las habían encontrado en un sitio esplendoroso y las habían traído hasta ellos; las encontraron en el lejano pueblo de Paxil y Cayalá, un lugar floreciente que era una especie de paraíso terrenal, lleno de frutos y hermosos árboles.

Y entonces la abuela Ixmucané tomó y molió
nueve veces las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas.
Y con esa masa y con agua los Progenitores hicieron al hombre;
de maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne;
de masa de maíz se hicieron sus extremidades.
Únicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres,
los cuatro primeros hombres que fueron creados.



Estos son sus nombres: el primer hombre fue Balam-Quitze,
el segundo Balam-Acab, el tercero Mahucutah y el cuarto Iqui-Balam.
Tenían la apariencia de hombres y hombres fueron;
hablaron, conversaron, vieron y oyeron, anduvieron, tocaban las cosas;
eran buenos y hermosos, y su figura era varonil.
Fueron dotados de inteligencia; vieron y al punto se extendió su vista;
veían y conocían todo lo que hay en el mundo.

Entonces el Creador y el Formador les preguntaron:

—¿Qué sienten de su existencia? ¿Acaso no miran? ¿Acaso no escuchan?
¿No hablan y caminan bien? ¡Miren, pues!
¡Contemplan el mundo! —les dijeron.

Y los hombres dieron las gracias al Creador y al Formador, y respondieron:

—¡En verdad les damos gracias dos y tres veces!
Hemos sido creados por ustedes, se nos ha dado la boca y la cara,
hablamos, oímos, pensamos y andamos; sentimos perfectamente
y conocemos lo que está lejos y lo que está cerca.
Vemos lo grande y lo pequeño en el Cielo y en la Tierra.
Todo lo comprendemos. Todo lo conocemos.
Muchas gracias por darnos el ser.

Pero al Creador y al Formador no les gustó lo que escucharon:

—No está bien lo que dicen nuestras criaturas, nuestras obras;
saben y conocen todo, lo grande y lo pequeño —dijeron.

Y nuevamente se reunieron los Progenitores
y se preguntaban:

—¿Qué haremos con ellos?

Su vista solo debe ver lo que está cerca,
solo un poco de la faz de la Tierra.

¿Acaso no son simples criaturas nuestras?

¿Acaso se anticipa que ellos también sean dioses?

Aún no procrean ni se multiplican.

Modifiquémoslos ahora que son pocos.

Así hablaron y, enseguida, el Corazón del Cielo
les echó un vaho sobre los ojos,
los empañó como cuando se sopla sobre un espejo.
Veló sus ojos y, desde entonces,
los hombres solo pueden ver y comprender lo que está cerca.

Así fue destruida la sabiduría y todos los conocimientos
de los cuatro primeros hombres.

Así fueron creados y formados nuestros abuelos, nuestros padres,
por el Corazón del Cielo, por el Corazón de la Tierra.

Fue entonces cuando fueron creadas las mujeres,
los dioses fueron quienes pensaron a ellas.
Y las mujeres llegaron como por un prodigio
y las recibieron como en un sueño.
Eran verdaderamente hermosas.



Con ellas a su lado, los hombres despertaron realmente a la vida.
Al instante se alegraron sus corazones.

Ellas son las señoras principales,
las que dieron origen a la gente de nuestros pueblos.
Las cuatro mujeres fueron las madres de todos nosotros.
De estos linajes surgieron todos los pueblos.
Multitud de gente, de piel oscura, de piel clara, de numerosas lenguas.

Y todos miraban, desde la orilla donde estaban, hacia el Cielo.

La historia de los seres soberbios

Antes de que todo esto ocurriera, después de la inundación que destruyó a los hombres de lodo, había un ser que se enorgullecía de sí mismo. Su nombre era Wukub Kakix y se ufanaba de ser el más resplandeciente de la creación. Esta presunción no gustó a los Progenitores, quienes dispusieron darle una lección.

Wukub Kakix se enorgullecía de sí mismo y exclamaba:

—Yo soy grandioso. Yo seré grande sobre la gente construida, formada. Seré su Sol, su luz. Grande es mi iluminación. Yo soy su camino. Soy su amuleto para ganar. Mis ojos son brillantes, destellos de esmeraldas. Mis dientes están cuajados de piedras como el Cielo.

Wukub Kakix tenía dos hijos.

Zipacná, que se enorgullecía de hacer brotar volcanes en una sola noche, y Cabracán, quien hacía temblar la Tierra con su poder.

Tenía también una esposa llamada Chimalmat.

—Yo soy el Sol —decía Wukub Kakix.

—Yo soy el que hace la Tierra —decía Zipacná.

—Yo soy el que sacude el Cielo y derriba toda la Tierra —se ufanaba Cabracán.

Mientras estos seres presumían su belleza y su poder, dos muchachos que eran magos y cazadores con cerbatanas vieron mal esta soberbia ante los Progenitores. Los jóvenes eran gemelos y se llamaban Hunahpú e Ixbalanqué y descendían de los dioses, y con la anuencia de ellos decidieron acabar con los soberbios.



Un día, los muchachos se escondieron entre las hojas del árbol de nance donde comía Wukub Kakix y lo esperaron. Cuando estaba comiendo, Hunahpú disparó con su cerbatana y le pegó muy fuerte en la quijada. Wukub Kakix gritó y cayó al suelo malherido. Hunahpú corrió para apoderarse de él, pero Wukub Kakix le tomó el brazo y, jalándolo, se lo dobló hasta el hombro y se lo arrancó. Luego huyó hacia su casa, a donde llegó sosteniéndose la quijada descoyuntada y con el brazo del muchacho colgando.

—¿Qué te ha sucedido? —dijo su mujer.

—¿Qué ha de ser? Dos demonios me tiraron con cerbatana, me dislocaron la quijada y me aflojaron los dientes, me duele mucho. Pero yo le arranqué un brazo a uno.

En tanto, Hunahpú e Ixbalanqué hablaban con un abuelo que tenía los cabellos completamente blancos y con una abuela muy vieja y humilde; ambos muy sabios y ancianos. Los muchachos les dijeron:

—Acompañennos, por favor, a casa de Wukub Kakix para recuperar el brazo arrancado. Nosotros iremos detrás y ustedes dirán: “Estos son nuestros nietos; su madre y su padre murieron; por eso van siempre con nosotros, a donde nos dan limosna. Nosotros solo sabemos sacar el gusano de las muelas”. Así les dirán.

—Está bien —contestaron los viejos.

Se pusieron en camino hacia donde gritaba Wukub Kakix, recostado en su trono, a causa de su dolor de mandíbula. Al ver Wukub Kakix al viejo, a la vieja y a los que los acompañaban, les dijo:

—Tengan lástima de mí. ¿Qué pueden hacer? ¿Saben curar?

Los viejos respondieron:

—¡Oh, Señor, sacamos el gusano de las muelas, curamos los ojos y ponemos los huesos en su lugar!

—Está muy bien, cúrenme los dientes, que me hacen sufrir mucho día y noche; y cúrenme los ojos porque no tengo sosiego y no puedo dormir.

—Muy bien, Señor. Son gusanos los que causan el dolor. Solo sacaremos esos dientes y pondremos otros en su lugar, hechos de hueso molido.

Pero no eran de hueso molido, sino de maíz blanco. Los viejos lo engañaron. Al principio se resistió. Decía:

—No está bien que me saquen los dientes; son mi mayor ornamento, al igual que mis ojos.

Pero, finalmente, debido al enorme dolor que sentía, aceptó que lo curaran y le sacaran los dientes para cambiárselos. En su lugar, los abuelos colocaron granos de maíz blanco que apenas le brillaban en la boca. Al instante decayeron sus facciones y ya no parecía un gran señor. Luego le dijeron que le curarían los ojos, pero se los reventaron y, poco después, le quitaron todas sus riquezas. Pero nada sentía ya. Solo se quedaba mirando, como inmóvil, mientras la vida se le escapaba.

Así fue la muerte de Wukub Kakix y así se recuperó el brazo de Hunahpú, mientras en aquellos momentos moría también Chimalmat, la mujer de Wukub Kakix, y se perdían todas sus riquezas.

Enseguida, se marcharon los dos muchachos habiendo ejecutado la orden del Corazón del Cielo.

¿Qué pasó con Zipacná, el primer hijo de Wukub Kakix; y con Cabracán, el segundo hijo? Los gemelos fabricaron un gran cangrejo falso para engañar a Zipacná, quien fue tras él para comerlo; pero quedó atrapado entre las piedras de un monte y ahí pereció.

A Cabracán, que sacudía montañas con el más pequeño golpe de sus pies, lo engañaron también con alimento. Asaron unos pájaros, con un olor delicioso, y le ofrecieron a Cabracán, quien los comió envenenados. Cuando acabó de comer, se pusieron en marcha, pero ya se le habían aflojado las piernas y las manos a Cabracán, no tenía fuerzas. Enseguida lo amarraron los muchachos, le ataron los brazos por la espalda, y el cuello y los pies juntos. Luego lo echaron al suelo, y allí lo enterraron. Así fue vencido Cabracán por Hunahpú e Ixbalanqué.

El padre de los gemelos

El padre de los gemelos, a quien no conocieron en vida, fue Hun Hunahpú. Él y su hermano, Wukub Hunahpú, eran, por su naturaleza, grandes sabios y grandes adivinos aquí en la Tierra, y ambos eran también jugadores de pelota, una práctica sagrada en la que ocupaban una gran parte de su tiempo. El primero era viudo y tenía dos hijos, Hunbatz y Hunchouén, que eran artistas: tocaban la flauta, cantaban, pintaban y esculpían. Wukub Hunahpú, en cambio, era soltero. Su juego de pelota era tan perfecto, que el mensajero de Huracán, el Corazón del Cielo, descendía a verlos jugar todos los días y retornaba al lado de Huracán.

Un día, los hermanos fueron a jugar a la pelota en el camino de Xibalbá, el Inframundo maya, donde habitaban seres que causaban dolores a los humanos. Mientras jugaban, los escucharon los amos de ese lugar, Hun Kamé y Wukub Kamé, y se molestaron mucho.

—¿Qué están haciendo sobre la Tierra? ¿Quiénes son los que la hacen temblar y hacen tanto ruido? ¡Que vayan a llamarlos! ¡Que vengan a jugar aquí a la pelota, donde los venceremos!

Hun Kamé y Wukub Kamé llamaron a consejo a todos los Señores y decidieron atormentar y matar a Hun Hunahpú y a Wukub Hunahpú para robarles sus instrumentos del juego de pelota. Así que enviaron a cuatro búhos como sus mensajeros para invitarlos a jugar. Los mensajeros llegaron rápidamente con su mensaje:

—Es necesario que vengan a jugar a la pelota con nuestros Señores.

—¿Deveras nos han invitado? Ciertamente tenemos que acudir.

—Que traigan todos sus instrumentos para el juego, han dicho los Señores.

—Está bien —dijeron los jóvenes—. Esperen, nos despediremos de nuestra madre.

Fueron a su casa y le dijeron a su madre:

—Nos vamos, madre nuestra. Los mensajeros han venido a llevarnos a Xibalbá. Ya volveremos a jugar.

Dirigiéndose a Hunbatz y Hunchouén, los hijos de Hun Hunahpú, les dijeron:

—Ustedes ocúpense de tocar la flauta y de cantar, de pintar, de esculpir; calienten nuestra casa y el corazón de su abuela.

Cuando se despidieron, se enterneció su madre y echó a llorar.

—No te aflijas, madre, nosotros nos vamos, pero todavía no hemos muerto. Enseguida se fueron, guiados por los mensajeros, hacia Xibalbá.

Cuando llegaron a aquel lugar, entraron a la sala del consejo, pero los que estaban allí sentados eran muñecos arreglados. Los muchachos los saludaron respetuosos, y de inmediato los Señores de ese lugar se burlaron de ellos porque habían saludado a unos muñecos. Luego hablaron Hun Kamé y Wukub Kamé:

—Muy bien. Ya llegaron. Mañana preparen su máscara, sus anillos y sus guantes para jugar. Por ahora, siéntense en nuestra banca —les dijeron.

Pero la banca que les ofrecían era de piedra ardiente y, al sentarse, se quemaron las asentaderas. Los de Xibalbá se echaron a reír de nuevo, se morían de la risa; se retorcían del dolor que les causaba la risa.

—Vayan ahora a aquella casa —les dijeron—; allí les darán una raja de oco-te y su cigarro, y allí dormirán.

Hun-Hunahpú y Wukub-Hunahpú entraron a la Casa oscura. Allí les dieron un solo ocote encendido junto con un cigarro para cada uno, encendido también, que les mandaban los Señores.

—Que enciendan su ocote y sus cigarros cada uno; pero, que no los consuman, sino que los devuelvan enteros al amanecer; esto es lo que mandan a decir los Señores.

Así fueron vencidos, ya que el ocote y los cigarros, como era lógico, se consumieron.

—¿Dónde están mis cigarros? ¿Dónde está mi raja de ocote? —preguntaron los Señores por la mañana.

—Se acabaron, Señor.

—Está bien. Como se acabaron, hoy será el fin de sus días. Ahora morirán.

Serán destruidos, los haremos pedazos y aquí quedará oculta su memoria.

De inmediato los sacrificaron y los enterraron, pero antes le cortaron la cabeza a Hun Hunahpú.

—Lleven la cabeza y pónganla en aquel árbol que está sembrado en el camino —dijeron.

Pero, al poner la cabeza en aquel árbol que nunca había fructificado, de pronto se cubrió de frutas y de flores, lo que causó la admiración de todos. Los frutos eran redondos y, entre ellos, ya no se distinguía la cabeza de Hun Hunahpú; la naturaleza de este árbol era maravillosa. Al ver aquel portento, los Señores ordenaron:

—¡Que nadie venga a coger de esta fruta! ¡Que nadie se acerque a este árbol! Todos obedecerán o los castigaremos.



La historia de la doncella y el árbol prohibido

Sin embargo, una doncella llamada Ixquic oyó aquella historia maravillosa. Era la hija de un señor de Xibalbá llamado Cuchumaquic. Y cuando oyó la historia de los frutos del árbol, contada por su padre, se quedó admirada de oírla.

—¿Por qué no he de ir a ver ese árbol que cuentan? —pensó Ixquic— Ciertamente deben ser sabrosos los frutos de los que oigo hablar, según escucho son hermosos y fragantes.

Y se puso en camino ella sola, sin decirle a nadie y llegó al pie del árbol plantado en Pucbal Chah, lo miró y exclamó:

—¡Ah, qué bellos frutos produce este árbol!

¿No es admirable ver cómo se ha cubierto de frutos?

Me moriría si no corto uno de ellos —dijo la doncella.

Habló entonces la cabeza de Hun Hunahpú que estaba entre las ramas y dijo:

—¿Qué es lo que quieres? Estos frutos no son más que huesos.

¿Por ventura los deseas? —agregó.

—Sí, los deseo, contestó la doncella.

—Muy bien, dijo la calavera. Extiende hacia acá tu mano derecha.

—Bien —replicó la joven, y extendió su mano derecha hacia la calavera.

En ese instante la calavera lanzó un chisguete de saliva que fue a caer directamente en la palma de la mano de la doncella. Miró rápidamente y con atención la palma de su mano, pero la saliva de la calavera ya no estaba ahí.

—Con mi saliva y mi baba te he dado mí descendencia —dijo la voz—.
Ahora mi cabeza ya no tiene nada encima,
no es más que una calavera despojada de la carne.
Así es la cabeza de los grandes príncipes,
la carne es lo único que les da una hermosa apariencia.
Y cuando mueren espántanse los hombres a causa de los huesos.
Así es también la naturaleza de los hijos, que son como la saliva y la baba,
ya sean hijos de un Señor, de un sabio o de un orador.
Su condición no se pierde cuando se van, sino se hereda;
esto mismo he hecho yo contigo.
Sube, pues, a la superficie de la Tierra, que no morirás
porque entras en la palabra. Confía en mí que así será
—dijo la cabeza—. ¡Que así sea!

Pero todo esto no fue solo por una idea de ambos.
Todo esto fue por mandato de Huracán.

Volvió a su casa la doncella,
y de inmediato concibió en su vientre por la sola virtud de la saliva.
Y aunque disimuló, después de seis meses su padre advirtió su embarazo.
Se reunieron entonces en consejo todos los Señores,
con Cuchumaquic, el padre de la chica, quien les dijo:
—Mi hija lleva un hijo en el vientre, Señores; ha sido deshonrada.
—Muy mal —dijeron estos—. Oblígala a decir la verdad,
y si se niega a hablar, castígala; que la lleven a sacrificar lejos de aquí.
—Muy bien, respetables Señores, así sea —contestó.

Y al salir del consejo interrogó a su hija:

—¿De quién es el hijo que tienes en el vientre, hija mía?

Y ella contestó:

—No tengo hijo, señor padre, no he conocido hombre alguno.

—Está bien —replicó—. Positivamente has sido deshonrada.

Llévenla a sacrificar, señores de la estera.

Traigan su corazón dentro de un huacal

y vuelvan hoy mismo ante los Señores

—les dijo a los cuatro búhos del Inframundo.

Los cuatro mensajeros tomaron el huacal y se marcharon

con la joven en sus brazos,

llevando también el cuchillo de pedernal para sacrificarla.

En el camino, ella les dijo:

—Todavía no debo desaparecer,

no es posible que me maten porque no he fornicado, ¡oh, mensajeros!,

porque no es una deshonra lo que llevo en el vientre,

sino que se engendró solo

cuando fui a admirar la cabeza de Hun Hunahpú.

Así, pues, no deben sacrificarme, ¡oh, mensajeros! —dijo la joven, dirigiéndose a ellos.

—¿Y qué pondremos en lugar de tu corazón?

Se nos ha dicho por tu padre: “Traigan el corazón,

vuelvan ante los Señores, cumplan con su deber.

¡Traigan pronto su corazón en la jícara!”

¿Acaso no se nos habló así? ¿Qué le daremos en la jícara?

La joven Ixquic les pidió que recogieran, en la jícara, la savia de un árbol rojo que, al caer, se coagula como una bola roja que toma la forma de un corazón. Cuando lo hicieron, el parecido era tal, que los búhos quedaron satisfechos.

Ixquic agradeció a los búhos y ellos la guiaron para que siguiera su camino hacia arriba, hacia la Tierra, mientras iban a presentar el jugo del árbol como si fuera su corazón. Así fueron vencidos los Señores de Xibalbá por esta hermosa doncella.

El nacimiento y destino de los gemelos

Aunque salvó su vida, la doncella Ixquic no sabía qué hacer para comer y para alimentar a los gemelos que llevaba en el vientre. Así que decidió ir a buscar a Ixmukané, la anciana madre de Hun Hunahpú, contarle lo ocurrido y solicitar su ayuda. Al llegar ante ella, le dijo:

—He llegado, señora madre; yo soy su nuera
yo soy su hija, señora madre.

Pero la abuela no la reconoció como su nuera, y le dijo:

—¿De dónde vienes tú? ¿En dónde están mis hijos?

¿Acaso no murieron mis pequeños en Xibalbá?

¿No ves aquí a mis nietos, su descendencia

y que se llaman Hunbatz y Hunchouén?

¡Sal de aquí! ¡Vete! —gritó la vieja a la muchacha, quien respondió:

—Soy su nuera, madre mía, desde hace algunos meses.

Yo pertenezco a Hun Hunahpú, quien me fecundó con su saliva
y ahora traigo a sus hijos en mi vientre.

Entonces se enfurecieron Hunbatz y Hunchouén
al saber que tendrían hermanos menores.

Habló luego la anciana y dijo:

—Si tú eres mi nuera, según he oído,
anda, pues, ve a traer la comida para dos que hay que alimentar.
Anda a cosechar una red grande de maíz y vuelve pronto.

—Muy bien —replicó la joven, y se fue enseguida a la milpa de Hunbatz y Hunchouén. Pero, al llegar, no encontró más que una planta de maíz y se llenó de angustia.

—¡Ay, desgraciada de mí! ¿Dónde conseguiré una red de maíz, como se me pidió? —exclamó.

Y enseguida invocó a las cuatro deidades de la comida y ellas la escucharon y le otorgaron una gran red con maíz.

Cuando llegó con la abuela y esta vio el maíz, se sorprendió mucho y habló con la muchacha. Le dijo que eso era signo de que en verdad era su nuera, y la acogió en su casa.

Cuando llegó el día del parto, Ixquic dio a luz en el monte a los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué. La abuela no estuvo presente. Y cuando la muchacha llevó a los niños a su casa, fueron mal recibidos, porque no dormían y lloraban mucho.

—¡Anda a botarlos afuera! —dijo la vieja—, porque es mucho lo que gritan.

Y enseguida fueron a ponerlos sobre un hormiguero. Allí, los niños durmieron tranquilamente. Luego, sus hermanos mayores los quitaron de ese lugar y los pusieron sobre las espinas, pero tampoco les hicieron daño. En realidad, lo que querían sus hermanos, Hunbatz y Hunchouén, era que murieran en el hormiguero o sobre las espinas. Sentían odio y envidia por sus hermanos menores.



Los hermanos mayores y su castigo

El tiempo pasó y los gemelos crecieron, siempre maltratados por sus hermanos mayores. Cazaban pájaros a diario para llevar de comer. Pero, un día, llegaron sin traer pájaros y eso enfureció a la abuela.

—¿Por qué no traen comida? —les reclamó.

Y ellos contestaron:

—Lo que sucede, abuela nuestra, es que los pájaros se quedaron trabados en el árbol y nosotros no podemos subir a cogerlos, querida abuela. Si nuestros hermanos mayores así lo quieren, que vengan con nosotros y que vayan a bajar los pájaros —dijeron.

—Está bien —dijeron los hermanos mayores—, iremos con ustedes.

Al llegar al árbol, vieron que, en efecto, había pájaros arriba, atrapados en las ramas, pero no caían.

—Por favor, vayan a bajar esas aves —dijeron Hunahpú e Ixbalanqué a sus hermanos mayores.

—Muy bien —contestaron estos.

Y enseguida subieron al árbol; pero, el árbol aumentaba de tamaño a cada momento y su tronco se hinchaba, así que cuando quisieron bajar Hunbatz y Hunchouén, ya no pudieron hacerlo. Entonces exclamaron:

—¿Qué sucede, hermanos nuestros?

El árbol crece y no podemos bajar.

¡Desgraciados de nosotros!

Este árbol nos causa espanto de solo verlo,

¡oh, hermanitos nuestros! ¡Ayúdenos!

Hunahpú e Ixbalanqué les contestaron:

—Desaten las fajas de sus pantalones, amarren su estómago, dejen largas las puntas y estírenlas como si fueran colas;
de ese modo podrán bajar fácilmente.

—Está bien —contestaron.

Jalaron la punta de sus fajas, pero al hacerlo se convirtieron en colas de verdad y ellos en monos.

Luego se fueron, columpiándose sobre las ramas de los árboles,
y se internaron en el bosque, haciendo muecas.

Cuando volvieron a su casa, los gemelos hablaron con su abuela, diciéndole:

—¿Qué será, abuela nuestra, lo que ocurrió a nuestros hermanos mayores, que de repente se volvieron sus caras como de monos? Ya son ahora como animales.

—Si ustedes les hicieron algún daño a sus hermanos,
me han hecho desgraciada y me han llenado de tristeza.

No hagan algo así a sus hermanos, ¡oh, hijos míos! —dijo la vieja a Hunahpú e Ixbalanqué.

Y ellos consolaron a su abuela:

—No te aflijas, abuela nuestra.

Volverás a ver la cara de nuestros hermanos;
ellos volverán, pero eso sí, será una prueba difícil para ti, abuela,
porque no debes reírte de ellos —dijeron.



Enseguida se pusieron a tocar la flauta, a cantar y a tocar el tambor, para atraer a los hermanos mayores, quienes se habían convertido en monos. Pronto Hunbatz y Hunchouén llegaron bailando, como se esperaba; pero, cuando la vieja vio sus feos visajes se echó a reír, sin poder contener la risa, y ellos se fueron al instante.

—¡Ya lo ves, abuela! ¡Se han ido! ¿Qué has hecho, abuela nuestra? Vamos a llamarlos de nuevo con la flauta y con el canto, pero procura contener la risa. Al escuchar la música, Hunbatz y Hunchouén volvieron bailando y haciendo monerías; pero esto de nuevo causó la risa de su abuela hasta la carcajada y ellos huyeron.

—¿Y ahora qué hacemos, abuela? Solo esta tercera vez probaremos. Tocarón de nuevo la flauta y volvieron los monos bailando. Se veían muy chistosos con su cosita bajo el vientre y la cola moviéndose. La abuela no pudo contener la risa y se echó a reír violentamente; y entonces escaparon a causa de la risa de la vieja.

—Ya ves, abuela, se fueron de nuevo por tu risa. Solo esta vez los llamaremos, abuela, para que salgan acá por la cuarta vez —dijeron los muchachos. Volvieron a tocar la flauta, pero ellos ya no regresaron, sino que se fueron a toda prisa para el bosque. Los muchachos le dijeron a la abuela:

—Hemos hecho todo lo posible. Pero no te aflijas; aquí estamos nosotros, tus nietos; a nosotros debes vernos, ¡oh, madre nuestra!, ¡oh, nuestra abuela!, como el recuerdo de nuestros hermanos mayores, quienes se volvieron monos porque maltrataron a sus hermanos.

El destino alcanza a los gemelos

Hunahpú e Ixbalanqué siguieron creciendo. Y sucedió que un día decidieron sembrar su milpa, para cultivar maíz para comer. Fueron a preparar el terreno y, cuando estuvieron a solas, su azadón y su hacha comenzaron a trabajar en forma mágica. El azadón golpeaba sobre la Tierra y arrancaba con gran rapidez los pajonales, mientras que el hacha velozmente golpeaba y tiraba los árboles que impedían labrar el terreno. Así que al terminar el día ya habían preparado el terreno para la labranza sin hacer ningún esfuerzo. Luego se fueron a su casa a descansar.

Al día siguiente, al retornar al campo de labranza, lo encontraron otra vez lleno de árboles, de pajonales y de maleza, lo que les causó mucha molestia. Sin embargo, nuevamente realizaron el trabajo de limpieza y cultivo, ayudados por el azadón y el hacha que trabajaban mágicamente. Al terminar el día, el terreno estaba limpio y sembrado. No obstante, cuando regresaron al día siguiente, nuevamente encontraron los árboles crecidos y la siembra malograda. Los gemelos se pusieron a pensar qué hacer, mientras sus instrumentos trabajaban de nuevo:

—Quién nos estará haciendo esto. Es mejor que veamos por encontrar a los culpables.

Limpiaron una vez más el lugar y regresaron a su casa, ahí hablaron con la madre y con la abuela:

—Alguien nos está tomando el pelo, querida madre, querida abuela. Hoy que regresamos ya era nuestro terreno un gran pajonal, un gran bosque. Regresaremos para descubrir al culpable. No está bien lo que nos están haciendo.



Los hermanos regresaron al terreno cerca lo más profundo de la noche. Se escondieron y muy pronto pudieron ver a los culpables de dañar su sembradío. Juntos venían animales grandes y animales pequeños, diciendo:

—Levántense otra vez, árboles, levántense pajonales, levántense bejucos...
¡Y los árboles y los pajonales y los bejucos se levantaban de nuevo!

Cuando vieron lo que ocurría, Hunahpú e Ixbalanqué quisieron atrapar a los animales, pero les costaba trabajo, ya que eran muy ágiles. Todos escaparon y al único que atraparon fue a un ratón; lo tomaron por el cuello y lo apretaron, por eso los ratones tienen los ojos saltones. Luego lo amenazaron con quemarlo, pero solo quemaron su cola, por eso los ratones no tienen pelo en la cola. Y cuando lo iban a ultimar, el ratoncito habló angustiado y les dijo:

—No me maten. No debo morir a manos de ustedes. Debo explicarles algo:
No es oficio de ustedes sembrar maíz, por eso lo destruimos.

Lo que les corresponde a ustedes no es ser sembradores de maíz
sino retomar lo que realizaban sus padres,
grandes sabios, grandes jugadores de pelota, muertos en Xibalbá.

Han quedado ahí sus instrumento de juego,
su pelota, sus cinturones, sus protectores de brazos.

Todo eso es de ustedes.

Su abuela los escondió en el tapanco para que no los vean,
teme que jueguen y sean muertos por Xibalbá.

Los muchachos sintieron una profunda alegría al saber que podían encontrar los implementos de juego de sus padres y ellos mismos convertirse en jugadores de pelota. Así que planearon, con el ratón, apoderarse de los artefactos del

juego. No fue difícil. Cuando salieron de la casa la abuela y la madre, el ratón, minúsculo, entró al tapanco y les entregó los instrumentos. Los gemelos recogieron aquellos objetos y los fueron a esconder junto al juego de pelota; después regresaron a su casa, sin que la abuela ni la madre los descubrieran.

Al día siguiente, Hunahpú e Ixbalanqué limpiaron el juego de pelota de sus padres, se probaron los instrumentos y se pusieron a jugar a la pelota. Pero, tan pronto lo hicieron, lo Señores de Xibalbá los escucharon y se molestaron.

—¿Quiénes están otra vez jugando a la pelota sobre nuestras cabezas? —exclamaron.

—¿Acaso no les da vergüenza estar saltando allá arriba?

¿Acaso no murieron Hun Hunahpú y Wukub Hunahpú quienes quisieron engrandecerse ante nosotros?

¡Vayan mensajeros y llamen a quienes están jugando!

¡Que vengan a jugar con nosotros!

Para que los derrotemos y les demos muerte

—dijeron Hun Kamé y Wukub Kamé, los amos de Xibalbá, y enviaron a sus mensajeros a citar a los muchachos.

El reto del Inframundo

La abuela fue la que recibió el mensaje de los Señores y decidió enviar un mensajero a sus nietos, porque ella no podía caminar rápido. Para eso, llamó al piojo y le dijo:

—Piojito, dales este mensaje a mis nietos:

“Han venido mensajeros de Xibalbá a buscarlos;
dijeron que en siete días han de venir por ustedes
para que jueguen con los Señores.

Que traigan sus implementos, dicen”.

El piojo recibió el mensaje y se disponía a cumplir el encargo, cuando lo encontró un sapo y le preguntó a dónde iba con tanto esfuerzo. El piojo le respondió que llevaba un mensaje, por lo que el sapo le sugirió dejarse tragar por él y entonces lo llevarían más rápido. El piojo aceptó y el sapo se lo tragó. No obstante, el sapo brincaba con cierta lentitud, por lo que la serpiente le preguntó:

—A dónde vas, muchacho Tamazul.

—Soy un mensajero y llevo un mensaje —respondió el sapo.

—Pero vas lento, por lo que veo. Yo llegaría más rápido —explicó la serpiente.

Abrió la boca y le dijo:

—Entra —y el sapo entró.

Por ahí pasó un pájaro, Wak, que hizo lo mismo con la serpiente y se dirigió volando hacia donde los gemelos jugaban a la pelota. Al llegar, los muchachos le preguntaron qué quería y el pájaro, con dificultades, vomitó a la serpiente, y esta al sapo, y el sapo al piojo, quien finalmente les entregó el mensaje a los gemelos. Al escucharlo, de inmediato regresaron a su casa y le dijeron a la abuela:

—Nos vamos, solamente venimos a despedirnos.
Pero aquí dejamos la señal de nuestra suerte;
sembraremos dos milpas en medio de nuestra casa,
las sembraremos: si se secan, esa será la señal de nuestra muerte.
Pero si retoñan: ¡Están vivos!, dirán, ¡oh, abuela nuestra!
Y tú, madre, no llores, que aquí dejamos la señal de nuestra suerte.

Y luego se marcharon, llevando cada uno su cerbatana, en dirección a Xibalbá.
Luego llegaron a una encrucijada de cuatro caminos.
De color negro, blanco, verde y rojo eran los caminos,
pero ellos ya sabían cuál conducía al Inframundo y eligieron el correcto.
Entonces enviaron a un animalillo llamado Xan,
una especie de mosquito, a recoger información
y a que descubriera los nombres de los amos de Xibalbá.
El mosquito cumplió su cometido
y les trajo los nombres a los gemelos.

Con esos datos, los muchachos siguieron su camino a Xibalbá. Cuando llegaron,
ya tenían los Señores preparados los muñecos, para burlarse de ellos como lo hicieron de sus padres:

—Saluden a los Señores, a los que están sentados —les dijo uno para engañarlos.
—Esos dos no son Señores, son muñecos de palo —dijeron los muchachos, y
siguieron adelante.

Enseguida comenzaron a saludar:

—¡Buen día, Hun-Kamé! ¡Buen día, Wukub-Kamé! ¡Buen día, Xiquipat! ¡Buen día, Cuchumaquic! y así fueron saludando a todos por su nombre. Los de Xi-

balbá esperaban burlarse de ellos, pero no lo consiguieron y, en cambio, vieron descubiertos sus nombres, lo que les molestó mucho.

Luego les dijeron que se sentaran en la piedra caliente:

—Siéntense aquí, muchachos.

Pero ellos respondieron:

—Este no es asiento para nosotros, es solo una piedra ardiente.

Los de Xibalbá nuevamente se sorprendieron y con este nuevo engaño tampoco pudieron vencerlos. No les quedó más que decir:

—Está bien, vayan pues a aquella casa y les señalaron hacia la Casa oscura, donde habían sido vencidos sus padres.

Los gemelos nada dijeron y entraron en la Casa oscura. Los mensajeros les entregaron un ocote encendido y dos cigarros, con la orden de que ardieran toda la noche y los devolvieran enteros por la mañana. Los muchachos dijeron:

—Está bien —porque ya tenían un plan para engañar a los Señores del Inframundo.

Sabiendo que los vigilaban desde lejos, fingieron seguir las órdenes, pero en lugar de quemar el ocote le pusieron plumas rojas de guacamaya en una de sus puntas, para que de lejos pareciera que ardía; igualmente, en la punta de los cigarros colocaron luciérnagas, así que parecía que encendían cuando le daban una fumada y perdían luz cuando exhalaban el humo.

Los veladores veían arder el ocote y los cigarros y se dijeron:

—Ya los derrotamos.

Una vez que llegó la madrugada, los veladores fueron a recoger cigarros y ocote, y vieron con sorpresa que el ocote no se había acabado y que los cigarros seguían completos. Entonces decidieron avisar a los Señores, quienes exclamaron:



—¿Cómo ha sido esto? ¿De dónde han venido estos muchachos?

¿Qué clase de personas son?

Llamaron a los muchachos a jugar y les preguntaron:

—¿De dónde vienen, jóvenes? Díganlo de una vez.

Queremos saber quiénes son realmente.

—¡A saber de dónde venimos,

no lo sabemos, ni tenemos idea! —respondieron ellos.

Molestos, los Señores dijeron que ahora jugarían a la pelota. Durante el juego, los muchachos se dejaron ganar, como parte de su plan. Los de Xibalbá, entonces, les exigieron un premio: que les trajeran, en la madrugada, cuatro grandes jícara llenas, cada una, de flores amarillas, blancas, rojas y grandes, seguros de que no podrían conseguirlas, porque en las cercanías no había una sola flor, excepto las del jardín de Hun Kamé, que habían sido cultivadas con esmero.

Y, por si fuera poco, los enviaron a dormir a la Casa de las navajas, donde una multitud de filosos objetos se movía constante para despedazar a cualquiera que entrara. Pero, Hunahpú e Ixbalanqué entraron cuidadosamente al recinto y les dijeron a las navajas:

—Navajas, no nos hieran; de ustedes serán las carnes de todos los animales en el futuro y podrán rasgarlas y despedazarlas a su antojo. Déjenos en paz a nosotros.

Y así lo hicieron las navajas. No se movieron en toda la noche. Una vez conjurado ese peligro, los muchachos llamaron a las hormigas y les dijeron:

—Hormigas cortadoras, hormigas vencedoras,
vayan, corten y traigan toda clase de flores.

—Está bien —respondieron las hormigas—

así lo haremos, así lo cumpliremos
—y fueron al jardín de Hun Kamé,
el único sitio con flores, y las cortaron.

Lo hicieron a pesar de que los Señores
habían puesto como guardianes
a dos pájaros despiertos, vigilantes nocturnos.
Las hormigas entraron cuidadosamente
mientras los guardianes, tranquilos y seguros
miraban hacia la entrada del jardín y hacia la altura
y cantaban y cantaban
en las ramas de los árboles del vergel.

Las hormigas fueron silenciosas,
hicieron su trabajo sigilosamente
y nadie las escuchó y nadie las vio
y se llevaron las flores hasta la Casa de las navajas,
donde estaban hospedados los gemelos.

Cuando apenas despuntaba la mañana
llegaron los Señores a exigir sus flores,
y los muchachos les entregaron cuatro recipientes
llenos de flores amarillas, blancas, rojas y grandes,
tal como habían acordado el día anterior.
Pero ellos se dieron cuenta de que las habían cortado de su jardín
y al punto palidieron y enmudecieron de furia.
Luego mandaron llamar a los guardianes y los regañaron:

—¿Por qué permitieron robar nuestras flores?
Estas que aquí vemos son nuestras flores
—les dijeron a los guardianes.
—No sentimos nada, Señor.
Nuestras colas también han sufrido,
nuestras plumas traseras también se perjudicaron
porque las hormigas las cortaron —contestaron.
Los de Xilbabá, furiosos, les rasgaron la boca en castigo
por dejarse robar lo que estaba bajo su custodia.
Desde entonces los mochuelos,
estas aves parecidas a los búhos, tiene partido el pico.

Luego los Señores exigieron seguir el juego de la pelota y empataron. Y esa noche los enviaron a dormir en la Casa del frío, que estaba llena de granizo y tan fría que no hay palabras para describirla; pero Hunahpú e Ixbalanqué, calladamente, recogieron algunos troncos viejos y con ellos hicieron una hoguera y se calentaron. Y cuando amaneció, estaban vivos y fuertes, cuando los fueron a buscar los mensajeros.

—¿Cómo es eso? ¿No han muerto todavía? —se decían admirados Hun Kamé y Wukub Kamé— Es necesario que mueran. Esto no debe continuar así. Nosotros somos los Señores del Inframundo.
Así que, después de jugar una vez más, enviaremos a los muchachos a dormir a la Casa de los jaguares, llena de felinos hambrientos.

Protegidos por el resplandor de los dioses, tras entrar a ese sitio, los gemelos les dijeron a los jaguares:

—No nos coman, aquí tenemos para ustedes estos huesos de animales —les arrojaron los huesos y los jaguares contentos se precipitaron sobre los huesos, peleando por ellos.

Cuando escucharon el sonido de los huesos rotos y el gruñido de las fieras, los de Xibalbá dijeron:

—¡Ahora sí se acabaron! Ya les comieron el corazón y ahora les están trituyendo los huesos.

Todos estaban alegres por este motivo. Pero los gemelos no murieron. Totalmente sanos salieron de la Casa de las jaguares a la mañana siguiente.

A la noche siguiente, tras jugar a la pelota, los hicieron entrar a la Casa de fuego, donde solo había llamas, pero ellos no se quemaron. Solo ardían las brasas y la leña y, a pesar del calor, los muchachos permanecieron ilesos. Una vez más estaban vivos y sanos cuando amaneció, lo que descorazonaba y desesperaba a los de Xibalbá.

Al anochecer, los enviaron a la Casa de los murciélagos. Solo murciélagos había en esa casa, volaban por todos lados, enormes, temibles, con un hocico afilado para matar. En un instante sacrificaban a quienes llegaban a su presencia. Los muchachos, ante el peligro, se introdujeron en sus cerbatanas y allí durmieron. Estuvieron toda la noche los murciélagos revoloteando: “Quilitz, quilitz”, decían. Pero, en algún momento dejaron de volar; dijo entonces Ixbalanqué a Hunahpú:

—¿Habrá amanecido?

—Tal vez sí, voy a ver —contestó este. Se asomó y al instante un murciélago le cortó la cabeza.

Al saberlo, todos los de Xibalbá se regocijaron y ordenaron que se colgara la cabeza de Hunahpú sobre el juego de pelota, como una especie de trofeo. Pero, más tarde, Ixbalanqué, con argucias, la recuperó y sanó a su hermano.

Cuando los Señores vieron a los hermanos sanos, dijeron:

—¿Cómo tiene ahora su cabeza verdadera? —luego, muy molestos, comenzaron nuevamente a jugar. Hubo tantos iguales por ambas partes.

La muerte consciente de los gemelos

Los gemelos no murieron por las tretas de Xibalbá. Ellos sabían lo que les ocurriría en el futuro, y sabían que usarían una gran hoguera para darles muerte. Todo lo tenían previsto.

En tanto, los Señores armaron una hoguera en un pozo que llenaron de ramas gruesas que ardían incesantemente. Y llamaron a los gemelos, ofreciéndoles un banquete. Cuando los jóvenes se acercaron a la hoguera, los Señores dijeron:

—¡Compartan nuestra bebida y saltemos cuatro veces cada uno sobre la hoguera!

Pero los gemelos respondieron:

—No traten de engañarnos. Sabemos que lo que desean es nuestra muerte y nosotros ya sabemos cómo ocurrirá, ¡oh, Señores!

Y colocándose frente a frente, extendieron ambos los brazos, se inclinaron hacia el suelo y se precipitaron en la hoguera consumidos por las llamas. Así murieron los dos juntos. Todos los del Inframundo se llenaron de alegría y dando muchas voces y silbidos, exclamaban a todo pulmón:

—¡Ahora sí los hemos vencido! ¡Por fin se han entregado! ¡Ya era hora!

Luego, los Señores molieron sus huesos y los arrojaron al río. Pero los restos no fueron muy lejos, pues al caer en el fondo del agua, por obra de un nuevo prodigio, se convirtieron en dos hermosos muchachos. Y cuando de nuevo se manifestaron, tenían en verdad sus mismas caras.



La resurrección de los gemelos

Al quinto día volvieron a aparecer los gemelos y fueron vistos en el agua por la gente. Tenían ambos la apariencia de hombres-peces. Y un día más tarde reaparecieron como dos pordioseros avejentados y de aspecto miserable, vestidos de harapos, que realizaban el baile del pájaro pujuy, el baile de la comadreja y el del armadillo; también el baile del ciempiés y el del que anda sobre zancos, lo que divertía a la gente que los miraba. Pero, además, hacían prodigios. Quemaban las casas y al punto las volvían a su estado anterior, lo que causaba sorpresa por lo inexplicable del suceso. Algunos enviados de Xibalbá los miraban con atención.

Luego, como uno de sus números más asombrosos, los muchachos se despedazaban a sí mismos; se mataban el uno al otro, y al instante lo resucitaba el que estaba vivo. Los enviados, asombrados, llevaron la noticia a oídos de Hun Kamé y Wukub Kamé, quienes exclamaron:

—¿Quiénes son esos dos huérfanos?

—Ciertamente son hermosos sus bailes y lo que hacen —contestó el que había llevado la noticia y decidieron enviar por ellos y traerlos a Xibalbá, incluso por la fuerza.

Cuando llegaron a Xibalbá, los gemelos se veían desarrapados y su aspecto era de sucios vagabundos. Les preguntaron por su patria y por su pueblo; por su madre y su padre.

—¿De dónde vienen? —les dijeron.

—No lo sabemos, Señor. No conocemos el nombre ni la cara de nuestra madre ni la de nuestro padre —contestaron.

—Está bien, lo entendemos. Ahora, realicen sus juegos y acrobacias para que los admiremos; ejecuten sus prodigios, muestren el acto en el que se

matan; quemen mi casa y reconstrúyanla. Nosotros los admiraremos. Y les daremos su buena recompensa.

Entonces los muchachos cantaron y bailaron, hicieron acrobacias y todos los del Inframundo se juntaron para verlos. Y les dijo el Señor:

—Ahora despedacen a mi perro como saben hacerlo y que sea resucitado.

—Está bien —contestaron, y despedazaron al perro y lo resucitaron. Lleno de alegría estaba el perro cuando fue resucitado, y movía la cola cuando lo revivieron.

—¡Quemen ahora mi casa! —Hun Kamé les dijo entonces.

Al momento quemaron la casa, y aunque estaban juntos todos los Señores dentro de la casa, no se quemaron. Pronto volvió a quedar buena. Maravillados todos, les dijeron:

—Maten a un hombre, pero que no muera.

—Muy bien —contestaron.

Tomando a un hombre lo sacrificaron enseguida, y levantando en alto el corazón de este hombre, lo suspendieron a la vista de los Señores. Un instante después fue resucitado el hombre y su corazón se alegró grandemente cuando fue resucitado. Todos estaban asombrados.

—¡Mátense ahora ustedes, que lo veamos nosotros!

—Muy bien, Señor —contestaron. Y a continuación se sacrificaron.

Hunahpú fue desmembrado por Ixbalanqué; uno por uno fueron cercenados sus brazos y sus piernas, fue separada su cabeza y llevada a distancia, su corazón arrancado del pecho y arrojado sobre la hierba. Todos los Señores de Xibalbá estaban fascinados. Miraban con admiración, y solo uno estaba bailando, que era Ixbalanqué:

—¡Levántate! —dijo este, y al punto su hermano volvió a la vida.

La derrota del Inframundo

Dieron entonces sus órdenes Hun Kamé y Wukub Kamé:

—¡Hagan lo mismo con nosotros!

¡Sacrifiquennos! —dijeron.

—¡Uno a uno, sacrifiquennos! —ordenaron a los gemelos.

—¡Está bien! ¡Volverán a la vida!

¿Acaso hay muerte para ustedes?

Nosotros solo venimos a divertirlos,
ustedes son los Señores de sus vasallos,
de sus hijos, del Inframundo —les dijeron.

Al primero que sacrificaron
fue al cabecilla de los Señores:
Hun Kamé, llamado el Señor de Xibalbá.
Ya estaba muerto Hun Kamé,
cuando tomaron a Wukub Kamé
y también lo sacrificaron
ante el asombro de los otros Señores.
Pero, ante el terror de todos,
los sacrificados no fueron vueltos a la vida.
Entonces, huyeron todos,
con sus hijos y vasallos a un gran barranco,
y se escondieron en un hondo precipicio.
Allí estaban, todos amontonados,
todos atemorizados,

cuando fueron descubiertos
por un enorme número de hormigas
que los desalojaron del barranco.
Así, los obligaron a salir al camino
y así los encontraron los muchachos.
Al verse descubiertos, se prosternaron ante ellos
y se entregaron todos,
se humillaron y lloraron afligidos.
Entonces los gemelos dijeron sus nombres:

—Escuchen nuestros nombres, Señores.

Les diremos también los nombres de nuestros padres.

Somos el pequeño Hunahpú e Ixbalanqué, así nos llamamos.

Ustedes asesinaron con engaños a nuestros padres;
eran magos jugadores de pelota.

Ellos se llamaban Hun Hunahpú y Wukub Hunahpú.

Nosotros somos los vengadores de sus sufrimientos.

Por eso nosotros enfrentamos todas las argucias de ustedes
y soportamos todos sus tormentos.

Por eso acabaremos con ustedes. Ya no tienen salida.

¡Los vamos a matar!

¡Les daremos muerte y ninguno escapará!

Al instante, todos cayeron de rodillas.

Clamaban y se humillaban.

—¡Tengan piedad de nosotros!



Es cierto que pecamos contra sus padres,
pero les suplicamos misericordia.
—Esta es nuestra sentencia —dijeron los muchachos—,
que la escuchen todos los Xibalbá:
Ya no serán grandes sus días
ni los de su descendencia.
No será para ustedes el juego de pelota
y no habrá misericordia para ustedes.
No recibirán grandes ofrendas,
apenas un poco de sangre coagulada;
no habrá sangre limpia para ustedes,
solo cacharos, vasijas de barro y piedras de moler.
Solo de las criaturas inservibles comerán.
No será suya ninguna de las hijas nacidas en claridad,
ninguno de los hijos nacidos en claridad.
Los vasallos civilizados no les pertenecerán,
solo los pecadores, los que pelean, los tristes,
los desventurados, los que se entregan al vicio,
¡donde haya culpa pueden entrar!
Pero ya no se apoderarán repentinamente de los hombres.
Y solo serán invocados sobre sangre coagulada
—así les dijeron a todos los de Xibalbá.
Así comenzó su destrucción y comenzaron sus lamentos.

No era mucho su poder en la antigüedad,
pero creaban conflictos a la gente de antaño.
Sus nombres no eran divinos,
mas causaban terror por sus caras horribles.
Solo querían hacer el mal a los hombres en aquel tiempo.
Incitaban al mal y a la discordia.
Eran también falsos de corazón, hipócritas.

Así fue la pérdida de su grandeza
y la decadencia de su imperio.
Y esto fue gracias a Hunahpú e Ixbalanqué.

Mientras tanto la abuela y la madre lloraban y se lamentaban frente a las milpas que sus nietos habían sembrado, porque se habían secado cuando los quemaron en la hoguera; pero, después retoñaron otra vez. Entonces la abuela quemó copal ante las milpas en memoria de sus nietos. Y su corazón se llenó de alegría cuando retoñaron las plantas. Desde entonces en esas plantas se honra a los gemelos.

Los muchachos, por su parte, tras morir, vieron a sus padres y los honraron. Escucharon sus palabras y dejaron memoria de sus nombres. Les dijeron:

—Ustedes serán adorados por las hijas y los hijos nacidos en claridad. Sus nombres no se perderán. ¡Así será! Nosotros somos los vengadores de su muerte, de las penas y dolores que les causaron —y con eso se consoló su corazón.

Luego Hunahpú e Ixbalanqué se elevaron al Cielo en medio de la luz. Uno se convirtió en el Sol y el otro en la Luna. Entonces se iluminaron la bóveda del Cielo y la faz de la Tierra y los gemelos se establecieron en el Cielo. Entonces subieron también los cuatrocientos muchachos asesinados por Zipacná y se volvieron sus compañeros, convertidos en las estrellas del Cielo.



Historias del Popol Vuh
se terminó de editar en noviembre de 2022,
en las oficinas de la Editorial Universidad de Guadalajara,
José Bonifacio Andrada 2679, Col. Lomas de Guevara,
44657, Zapopan, Jalisco.

Iliana Ávalos González
Coordinación editorial

Paola Vázquez Murillo
Jefatura de diseño

Nancy Gaspar Santana
Cuidado editorial